

"Lo que comunico a V. E. para su superior conocimiento, sirviéndose aceptar las seguridades de mi aprecio.

"Querétaro, Septiembre 14 de 1861.—**Angel de la Peña.**—Excelentísimo señor gobernador del Estado D. José María Arteaga.—Presente".

Por qué de la evacuación de Veracruz Los invasores tratan con el Gobierno

Tropas venidas en la escuadra española — Evacuación estratégica — Temple en la adversidad — Excitativa del Presidente Juárez — España inspira recelos a sus aliados — Miranda encontraba muy justificable la intervención — Llegan ingleses y franceses — Mano amiga... pero armada — Veracruz, "cementerio de los expedicionarios" — Minuta de ultimátum — una Nota ambigua — Cortesías a los emisarios que la entregan en la capital.

CAPITULO XIII

**POR QUE DE LA EVACUACION DE VERACRUZ:
LOS INVASORES TRATAN CON EL GOBIERNO**

"Los hombres creen ser dueños de los acontecimientos; pero en el fondo no son más que esclavos".

IMBERT DE SAINT-AMAND

NO sin suscitar un explicable recelo en las otras dos potencias, sus aliadas, España habíales tomado la delantera en hacer venir a costas de México sus tropas expedicionarias, que no bien pusieron la planta en el puerto de Veracruz, intimaron la rendición el 14 de diciembre de 1861 y, sin combatir, lo ocuparon el 17.

El general de marina Joaquín Gutiérrez de Rubalcava traía el mando de la escuadra, que componían los siguientes barcos: Príncipe de Asturias, Lealtad, Concepción, Petronila, Berengueta, Blanca, Isabel la Católica, Blasco de Garay, Pizarro, Velasco, Ferrol, Guadalquivir (Aviso), Transporte número 3, urca Santa María, urca Marigalante; como transportes habían sido fletadas las fragatas españolas Favorita, Teresa, Paquita, Sunrise y Palma, y los vapores, también españoles, Cubana, Pájaro del Océano, Cuba, Cárdenas y Maisi. Para el desembarco de las tropas y con espacio bastante a que lo efectuaran tres mil hombres en una sola vez, disponíase de doce chalanes.

EL CONTINGENTE QUE EN HOMBRES TRAJÓ A BORDO
LA ESCUADRA QUE ENVIO LA ESPAÑA DE ISABEL II

Cerca de seis mil hombres, cuyo mayor contingente lo daban seis batallones de infantería, sumaban las fuerzas españolas expedicionarias, que entre el 14 y el 15 ocuparon, sin combatir, la ciudad de Veracruz, en virtud de que el gobernador del Estado, general Ignacio de la Llave, ordenó su evacuación al recibir, en la primera de esas fechas, el ultimátum que le dirigió el general Gutiérrez de Rubalcava.

POR QUE EL PUERTO DE VERACRUZ FUE DESOCUPADO
AL INTIMAR LA RENDICION EL JEFE DE LA ESCUADRA

El proceder del marino ibero no pudo haber sido más inusitado, puesto que, aparte de obrar independiente de las otras dos potencias signantes del Convenio de Londres, "de una manera intempestiva, sin previa declaración de guerra, sin dirigirse al jefe de la nación, presentaba su ultimátum a un funcionario subalterno, exigiéndole sin más ceremonia la entrega de la plaza, y rompiendo, por consiguiente, las hostilidades".

Por eso el ministro de Relaciones, Manuel Doblado, al dar respuesta al documento en que el general De la Llave informaba de la intimación de Rubalcava, recalcó que: "Ajeno sería del gobierno de la República, dirigirse a un jefe, que salvando las formalidades del derecho de gentes, comienza intimando la entrega de una plaza. El grito de guerra que la nación ha lanzado espontáneamente, marca al gobierno el camino que debe seguir, y no será el presidente el que retroceda delante de una invasión extranjera; con tanta más razón, cuanto que en el caso, México no hace más que rechazar la fuerza con la fuerza".

Debe explicarse que si el gobierno decidió desocupar Veracruz y el vecino fuerte de San Juan de Ulúa, sin combatir, fué por una sagaz consideración de que así sería más factible, como lo fué, desarticular la acción conjunta de las tropas aliadas, y conseguir que una o dos de las potencias desistieran del intento de hacer la guerra a México.

Pero si la plaza fué evacuada por las fuerzas militares, dentro de ella permanecieron los siempre patriotas civiles me-

xicanos adictos a la República, que se dedicaron a desarrollar una resistencia pasiva, que constantemente creaba al invasor dificultades; lo mismo en la rama administrativa que en la judicial, que en la aduanal que en la de abastos de subsistencias.

EN VEZ DE AMILANARSE EL ANIMO DE LOS MEXICANOS
SE TIEMPLA AL SER AZOTADO POR LAS ADVERSIDADES

Al día siguiente de que los españoles se adueñaron de Veracruz sin combatir, el Presidente Juárez demostraba que la tormenta que iba condensándose en el firmamento de la patria, en vez de apocar el espíritu nacional, lo templaba para enfrentarse a todas las amenazas y a las adversidades todas.

El manifiesto que expidió en tan críticos instantes, es como la voz elocuente que así nos lo demuestra.

Empezaba anunciando al pueblo que la guerra preparada en Europa contra México, había dado comienzo con la ocupación de Veracruz por las tropas españolas.

Alegaba la injusticia de tan arbitrario proceder, desde el instante que México consideraba a España como potencia amiga a partir del tratado de paz de 1836; que la expulsión del embajador hispano había sido acordada en el ejercicio de un derecho inalienable para toda nación independiente.

Que las violencias sufridas por algunos súbditos españoles, eran "las consecuencias inevitables de la revolución social que la nación inició y consumó para extirpar los abusos que habían sido la causa perenne de sus infortunios: consecuencias que, a su vez, han sufrido nacionales y extranjeros, sin ninguna distinción de su respectiva nacionalidad". Que, sin embargo, toda reclamación justa había sido escuchada y atendida.

Que con mucha anterioridad al reconocimiento de nuestra independencia, "el Congreso mexicano hizo nacional la deuda contraída por el gobierno español, aunque gran parte de su monto se había empleado en combatir nuestra misma independencia, y otra parte no menos considerable se había destinado a los compromisos europeos del monarca español.

Que posteriormente se dió el carácter de convención al arreglo de las reclamaciones españolas; a pesar de los abusos en que incurrieron algunos individuos de esa nacionalidad con la pretensión de que se les reconocieran créditos cuantiosos que el gobierno mexicano esmerábase en reducir a sus debidas proporciones.

Que no obstante que todas las naciones, y muy particularmente España, han afrontado épocas de penuria, "sólo a México se le exigen sacrificios superiores a sus fuerzas".

EL PRESIDENTE JUAREZ TERMINABA DIRIGIENDO UNA EXCITATIVA AL PUEBLO PARA APRESTARSE A LA DEFENSA

Para terminar, el documento, sin fanfarronadas, pero con entereza, definía la actitud del gobierno, y excitaba al pueblo para que, unido con el régimen, se aprestara a la defensa de la patria.

"Si la nación española encubre otros designios, decía, bajo la cuestión financiera, y con motivo de infundados agravios, pronto serán conocidas sus intenciones. Pero el gobierno, que debe preparar a la nación para todo evento; anuncia como base de su política: que no declara la guerra, pero que rechazará la fuerza con la fuerza hasta donde sus medios de acción se lo permitan. Que está dispuesta a satisfacer las reclamaciones que se le hagan, fundadas en justicia y en equidad; pero sin aceptar condiciones, que no puedan admitirse sin ofender la dignidad de la nación o comprometer su independencia.

"Mexicanos: si tan rectas intenciones fuesen despreciadas; si se intentase humillar a México, desmembrar su territorio, intervenir en su administración y política interior, o tal vez extinguir su nacionalidad, yo apelo a vuestro patriotismo y os excito a que deponiendo los odios y enemistades a que ha dado origen la diversidad de nuestras opiniones, y sacrificando vuestros recursos y vuestra sangre, os unáis en derredor del gobierno y en defensa de la causa más grande y más sagrada para los hombres y para los pueblos: en defensa de nuestra patria.

"Informes exagerados y siniestros de los enemigos de México, nos han presentado al mundo como incultos y degradados.

"Defendámonos de la guerra a que se nos provoca, observando estrictamente las leyes y usos establecidos en beneficio de la humanidad. Que el enemigo indefenso, a quien hemos dado generosa hospitalidad, viva tranquilo y seguro bajo la protección de nuestras leyes. Así rechazaremos las calumnias de nuestros enemigos, y probaremos que somos dignos de la libertad e independencia que nos legaron nuestros padres.

"México, diciembre 18 de 1861.—Benito Juárez".

LAS APARIENCIAS REFORZABAN LOS TEMORES A QUE LA ACTITUD DE ESPAÑA DABA OCASION

La inquietud y la contrariedad que en los gabinetes de París y de Londres la precipitación española suscitó, parecían justificados por dos muy significativas circunstancias: primera, que España no acababa de conformarse con la pérdida de la que fuera la más preciada de sus colonias en América, pues como es sabido, en 1829 intentó recuperarla con aquella desastrosa expedición de Barradas, que apenas en Tampico abortó de la manera más deplorable; por la otra, para nadie era un secreto que Isabel II se inclinaba por colocar, en el trono de México, a un Borbón español.

El reino justificóse con la explicación de que con mucha anterioridad tenía giradas órdenes al capitán general y gobernador civil de Cuba, general Francisco Serrano y Domínguez, para que fuera enviada la expedición a México; órdenes que la premura de tiempo había hecho imposible anular. Que ese era todo el motivo por el que la escuadra mandada por el general Rubalcava había ejecutado el desembarco.

Ahora bien, auscultemos el sentir de los jefes reaccionarios, al enterarse de que el suelo de México había sido hollado por la planta del invasor.

EL PADRE MIRANDA ENCONTRABA MUY EXPLICABLE LA PRESENCIA DE LAS TROPAS EXTRANJERAS EN MEXICO

Desde el 22 de noviembre, y de La Habana, el padre Miranda había escrito a Leonardo Márquez que la intervención

era ya un hecho inevitable, y que la razón natural y el patriotismo (!), aconsejaban aprovecharla para convertirla en positivo bien; que México no tenía más que satisfacer y pagar a los poderosísimos acreedores que le pedían cuentas.

Bajo su palabra afirmaba que los aliados no abrigaban la menor intención de conquista ni de menoscabar en lo más mínimo la independencia del país.

"Al procurar sus intereses —añadía—, buscan, si bien se mira, los nuestros, porque nosotros hace muchos años que andamos en pos de un orden político que no hemos podido obtener, y hemos anhelado la paz y la seguridad que han desaparecido completamente...

"... Lo que la Europa quiere es lo mismo que nosotros queremos. Si nosotros no aprovechamos la ocasión que se nos presenta para constituirnos sólidamente, o nos debemos resignar a perecer bajo el bárbaro partido que representa Juárez, o ser presa tarde o temprano del Norte".

Para sacudir lo que el indigno, ofuscado y aventurero sacerdote llamaba "la esclavitud demagógica", observaba que era necesario procurar, si los republicanos desocuparen la capital al acercarse a ella los ejércitos extranjeros, ocuparla cuanto antes con el de la reacción.

MARQUEZ MOSTRABASE MAS PREVISOR AL PENSAR QUE EL PUEBLO NO ACEPTARIA IMPOSICIONES

Márquez, en su respuesta a Miranda, si bien es verdad que convenía en las ventajas que la intervención brindaba a los clericales; no daba por cierto que sostenedores del régimen juarista desistieran de luchar. Bien por lo contrario, presumía que éstos presentarían el asunto como el avasallamiento del país por la fuerza armada, para así enardecer el sentimiento patrio.

"Lo que es posible conseguir —del pueblo de México—, con la razón, recalaba, es imposible alcanzar con la fuerza, por muchas que sean las tropas de que puedan disponer las naciones de Europa. Ud. conoce nuestra extensión territorial, y sabe Ud. bien lo acostumbrados que están nuestros paisanos a la guerra de guerrillas, que sería interminable".

No había que pensar, entonces, en poner condiciones, ni en la intervención de las armas extranjeras; sino en organizar un cuerpo de ejército que destruyera "a los demagogos", el restablecimiento de la paz —naturalmente ambas tareas encomendadas a los retrógrados—, hacer efectivas las garantías a los extranjeros, y cumplir los compromisos contraídos con las demás naciones.

"La solución, como se ve, comenta un historiador, tenía el simple defecto de ser impracticable, pues ni la reacción tenía probabilidades de establecer algo siquiera parecido al precario gobierno tacubayista —el efímero del general Zuloaga—, ni las fuerzas aliadas podían resignarse a presenciar impasibles una lucha que iba precisamente contra el objeto que las había traído".

Esto, aparte de que el desalmado "hijo predilecto de la iglesia", como la mayoría de sus correligionarios, y con la clásica falta de convicciones firmes que les distinguía, en cuanto estuvieron en el país las fuerzas invasoras, se sumó a ellas; a semejanza del no menos inconsecuente y titubeante Miramón.

POR PRINCIPIOS DE ENERO DESEMBARCAN EN VERACRUZ TROPAS DE FRANCIA Y DE INGLATERRA

A la escuadra española siguió la inglesa, que llegó al mismo puerto de Veracruz el 6 de enero de 1862, y los días inmediatos, 7 y 8, aparecieron sucesivamente la francesa y los buques españoles Francisco de Asís, Ulloa y San Quintín, que trajeron al plenipotenciario español, general Prim.

El 10, los recién venidos, a nombre de sus mandantes, expidieron mancomunadamente un manifiesto en que, para explicar su presencia dentro del territorio nacional, aducían la fe de los tratados quebrantada por las sucesivas administraciones públicas del país, y la amenaza a la seguridad individual de los residentes ingleses, franceses y españoles.

Protestaban no animarles propósitos de conquista, ni de restauración, ni de intervención en el régimen interior; sí el de tender la famosa mano amiga, para que fuera puesto un hasta aquí a las guerras intestinas y a las perpetuas convulsiones.

Exhortaban a escuchar la voz de los aliados, que presidirían "impasibles el grandioso espectáculo" de la regenera-

ción del pueblo mexicano, garantizada por el orden y la libertad. (Como si el pueblo mexicano hubiese consentido nunca intromisiones extrañas en sus asuntos domésticos).

Pero desde el punto de vista de la opinión de legitimidad irreprochable que el gobierno presidido por Juárez merecía a Charles Lenox Wyke y Hugo Dunlop, comisarios de Inglaterra, Jurien de la Graviere y Dubois de Saligny, de Francia, y conde de Reus, de España, el documento no tenía desperdicio:

"Así lo comprenderá, terminaba diciendo, estamos seguros de ello, el supremo gobierno a que nos dirigimos; así lo comprenderán las ilustraciones del país a quienes hablamos, y a fuer de buenos patricios, no podrán menos de convenir en que, descansando todos sobre las armas, sólo se ponga en movimiento la razón, que es lo que debe triunfar en el siglo XIX".

TAN SOSPECHOSAS PROTESTAS DE AMISTAD ENCUBRIAN LOS PLANES DE NAPOLEON

Desgraciadamente detrás de las categóricas afirmaciones de que las tres potencias no llegaban a México deseosas de conquista, restauración o intervención, ocultábase los diabólicos planes del emperador francés; que si en apariencia mostrábase respetuoso de la convención de Londres, por bajo de cuerda tenía entregadas secretas instrucciones a sus plenipotenciarios, para que subterráneamente observaran una política encaminada a saciar una codicia desapoderada: aquellos apetitos provocados de continuo por la fanática Eugenia, a quien estaba obligado a contestar, en desagravio de las cotidianas ofensas conyugales que una incurable erotomanía inferíanle.

La fantasía de la peregrina beldad angloespañola, excitábase al pensamiento de que México sería reconquistado, a sugestión suya, para la iglesia católica, apostólica y romana; y su sangre hispana caldeábase y hervía ante la perspectiva de la incontrastable influencia que estaba llamada a ejercer en lo que había sido la Nueva España.

Jurien de la Graviere traía, pues, órdenes de adueñarse sin demora, y aprovechando la colaboración de las fuerzas de España y de Inglaterra, de los puntos estratégicos del litoral

del Golfo de México; pero, "de no conseguir un resultado inmediato, prolongaría sus operaciones y aun ocuparía la ciudad de México". Por otra parte, instrucciones transmitidas bajo el más severo sigilo, autorizábanle a convocar una asamblea constituyente, no de diputados ungidos por el voto popular, sino de individuos que representaran las más diversas clases sociales, y por cuyo dictamen conoceríanse "los deseos de la nación mexicana".

"Todo esto debía naturalmente ser realizado para no herir "las susceptibilidades" de Inglaterra, que había proclamado el principio de la no intervención en los asuntos del gobierno mexicano".

LAS ENFERMEDADES TROPICALES COMIENZAN A HACER ESTRAGOS ESPANTOSOS EN EL ENEMIGO

Mientras los invasores preparaban el ultimátum que se proponían presentar al gobierno de la República, uno de los más eficaces y espontáneos aliados de ella en la defensa del territorio, o sea el insalubre clima de Veracruz, puerto que llegó a ser llamado "cementerio de los expedicionarios", empezó a hacer multiplicadas víctimas entre los contingentes de ocupación. El paludismo atacábalos en número alarmante, y tanto, que tan sólo entre los españoles las bajas alcanzaban ya el ocho por ciento de los hombres desembarcados.

Se supone entonces que, con sacar del puerto las fuerzas, las mortíferas dolencias tropicales remitirían; por lo que, de aquellas, las unas fueron destinadas al fuerte de San Juan de Ulúa, y, las otras, a acampar en las afueras de la población, donde no quedaron más que dos batallones, la caballería y la artillería de montaña. Pero los soldados a quienes se estableció fuera de la ciudad, en las proximidades de la puerta de la Merced, empeoraron; pues sobre su ya minada salud ejercieron aciago influjo, de noche, una humedad que calaba hasta los huesos, y, de día, un calor impío, pertinaz y asfixiante.

En vista del deplorable resultado, Jurien de la Graviere escogió Tejería para sus fuerzas, y Prim, para las suyas, Medellín, donde quedaron alojadas el 13 de enero. Pero tampoco allí se encontró alivio, pues las bajas españolas continuaban

umentando, y aunque no eran muy repetidas las defunciones originadas por la malaria, sí, en cambio era muy crecida la proporción de individuos a quienes inutilizaba.

Entre franceses e ingleses propagóse, por otra parte, una epidemia de disentería aguda, y de carácter tan grave, que con no poca frecuencia el paciente pasaba a mejor vida.

Ante situación tan desesperada, resolvióse, primero, reembarcar a los enfermos para hospitalizarlos en La Habana, y, en seguida, procurar a los expedicionarios que continuaban aquí en la realización de la absurda empresa, el benigno temperamento de la región templada.

SON DISCUTIDOS LOS TÉRMINOS DE UN ULTIMATUM PARA SER PRESENTADO AL GOBIERNO REPUBLICANO

Los delegados de la triple alianza, deseosos de llegar a un acuerdo sobre los términos del ultimátum que pensaban presentar al gobierno de Juárez, congregáronse el 13 de enero por la noche.

Saligny fué quien redactó la inaceptable minuta, y aunque no concurrió a la reunión, por habérselo impedido enfermedad que de momento le aquejaba, envió un documento en que las pretensiones de Napoleón III aparecían tan desorbitadas que: "Al oír hablar del trato Jécker y Compañía —comunicaba el conde de Reus en despacho del 14 de enero al ministro de Estado de su país—, exclamaron a una los representantes ingleses que era una exigencia inadmisibile. Expuso el ministro Sir Charles Wyke, que próximo a caer, recibió Miramón de dichos banqueros o prestamistas la suma de seiscientos cincuenta mil pesos en metálico, y en cambio entregó bonos del Tesoro por catorce millones de duros. Este contrato leonino y escandaloso, causó según Sir Charles Wyke, un descontento general en el país, y tiene dicho señor que seguro jamás será aceptado por el actual gobierno ni por otro alguno que entre a regir los destinos de México..."

Como es proverbial en la tortuosa política, las palabras pretendían, aunque en vano, contradecir los hechos. El designio de intervenir en los asuntos internos de nuestra patria, principalmente por lo que a Napoleón III respecta, no podía haberse manifestado de manera más clara y terminante; pero seguían abundando las untuosas expresiones de que no se

intentaba sino salvar amistosamente a México del caos, sin atender ni contra su decoro ni contra su soberanía.

Desentendíanse de que, como observa muy atinadamente un escritor francés, la advertencia que se da con las armas en la mano es una orden, y de que, por muy postrada y crítica que la situación de la República fuere, sobraríanle hijos patriotas, dispuestos a derramar en su defensa hasta la última gota de sangre.

EN UNA AMBIGUA NOTA LOS DELEGADOS REITERABAN QUE TAN SOLO NOBLES INTENCIONES LES ANIMABAN

Sin embargo, el proyecto de ultimátum redactado por Dubois de Saligny y suscrito, con éste, por Jurien de la Graviere, causó la peor de las impresiones entre los comisionados ingleses y español; pero como ya había sido fijada fecha para las conferencias por celebrar con los representantes del gobierno de Juárez, se resolvió, de común acuerdo, enviar a éste una nota, que no puede ser más ambigua, redactada en los términos siguientes:

"Tomando en consideración el estado actual de México, han creído —las potencias— que podía aspirar a fines más elevados y generosos. Tres grandes naciones no forman sólo para reclamar de un pueblo, a quien afligen tan terribles males, la satisfacción de los agravios que se les hayan inferido; tres grandes naciones se unen, estrechan y obran en completo acuerdo, para tender a ese pueblo una mano amiga y generosa que le levante, sin humillarle, de la lamentable postración en que se encuentra".

Continuaban remachando las razones expuestas en el primer manifiesto. Necesidad de dar curación a la anarquía, y de que la sucediera la normalidad basada en la ley. Reiteraban la protesta de que no era su ánimo inmiscuirse en la forma del gobierno nacional: "... A la República, sólo a ella corresponde juzgar cuáles son las instituciones que más se acomoden a su bienestar y a los progresos de la civilización en el siglo XIX. A nosotros nos toca señalar a México —no explicaban quién les investía con tan descabellada pretensión— el camino que conduce a la felicidad; al pueblo mexicano, por sí solo, con toda libertad, con la más absoluta independencia y sin intervención extraña, el seguirle como mejor le

parezca. De este modo se asegurará, en un país tan trabajado por las revoluciones, un orden de cosas estable y permanente. De este modo le será fácil el cumplimiento de los deberes internacionales y el establecimiento en el interior del orden y de la libertad".

EN EL CAMPO REPUBLICANO COLMASE DE CORTESIAS
A LOS COMISIONADOS PORTADORES DEL DOCUMENTO

La comisión encargada de entregar el documento a los representantes del gobierno mexicano, emprendió la marcha, de Veracruz hacia la ciudad de México, el 14 de enero de 1862.

La integraron el brigadier español Lorenzo Miláns del Bosch, el capitán de marina, inglés, Edward Tatnam y el jefe de estado mayor, de la misma nacionalidad, Thomasse; a quienes acompañaban don José Argüelles, español, jefe del estado mayor, el teniente Koor y el aspirante de marina Deflejames.

Con todos ellos iba el doctor Carrillo, secretario del general Uruga, que era quien había expedido pasaportes a los emisarios, a efecto de que pudieran pasar sin tropiezo a través de las líneas republicanas.

La delegación arribó a la capital el día veinte, entre no menos calurosas demostraciones de deferencia y cortesía que de las que fué objeto durante todo el viaje.

Por qué de la evacuación de Veracruz;
los invasores tratan con el Gobierno

—Continúa y concluye—

Agasajos y presentes — Motu proprio los ingleses obligan a Miramón a devolverse — Los invasores anuncian que avanzarán — Oposición del gobierno — Preliminares del Tratado de Soledad — Por humanitarismo permítase a los invasores salir de la mortífera zona palúdica — Un rayo de clarividencia ilumina la mente de Prim — Razones habidas para negociar con el régimen del Presidente Juárez.